

V., querido Garcia Perez, señaladas otras reminiscencias de fondo y de forma: en gracia á la brevedad he omitido muchas. Se plagia *Lope* á sí mismo con tan pasmosa frecuencia en estas producciones como en las dramáticas, si bien aquí son sus plagios mas singulares y absolutos, lo que puede atribuirse á dos causas. —Primera: que contaba ya muchos años cuando se dedicó exclusivamente á la poesía mística. —Segunda: que su instruccion, aunque grande, era mas humana que divina. —Así y todo, apenas se concibe que quien habia gastado una larga vida escribiendo para el teatro, lo que equivale á vivir en una esfera, mortal enemiga de aquella serena y encumbrada donde la Teología, segun la feliz espresion del Dante,

... tutta nell' eterne ruote  
fissa con gli occhi stava,

pasára fácilmente de la una á la otra cátedra, para ser en ambas maestro.

Completaré esta noticia, para entrar de lleno en el exámen de la obra, con la de sus ediciones. Hizose la primera en 1627 por la viuda de Luis Sanchez (Madrid) en un tomito 16.º, y aunque el autor de los prólogos de Sancha dice que se repi-

tió la impresion en 1647, sin citar la imprenta ni el tamaño, dudo de su exactitud, pues ni ejemplar ni memoria de ella he visto en ninguna parte. No me atreveré, sin embargo, á negarla rotundamente por no correr el riesgo que corrió el mismo prologuista, poniendo poco menos que en duda la edicion de Roan, que aunque desconocida en España en todos tiempos, no lo es ya para V. y para mí. Esta, que por su escasez y rareza tiene mas importancia literaria, la describiré con alguna proligidad. Consta de 116 páginas en 16.º la última en blanco, sin contar los preliminares y portada, que suman once fojas útiles, y para estar impresa en Francia bajo de la direccion de un portugués, no peca mucho contra la correccion. El editor se permitió suprimir el nombre del autor latino y otras libertades. (1)

Finalmente, un devoto de la inmaculada Con-

(1) SOLILOQUIOS DE LOPE DE VEGA CARPIO, mandados imprimir por órden del Exemo. Sr. Conde Almirante. *Dedicados á la Sra. Condesa de Vidiguera, Doña Inés de Noroña.* Buelto á luz por D. Leonardo de San Ioseph, canónigo regular de la Orden de San Agustin, del reino de Portugal. — En Roan, en la imprenta de Maury. Año de MDCXLVI.

cepcion, D. Andrés de Castro, hizo y dedicó á tan soberana Señora en 1756 otra edicion impresa por Juan de San Miguel en su llamada imprenta de música, que estaba en la calle del Barco. Es tan descuidada, tan innoble, que apenas si merece este recuerdo.

La edicion de Sancha está inclusa en el tomo XVII de las *Obras de Lope de Vega*, impreso en 1778, y es bastante correcta.

En el idioma portugués fué vertida con el nombre de SOLILOQUIOS DIVINOS, por el P. Valerio de Oliveira Bernardes, que los imprimió en Lisboa en 1745, en un tomo en 8.º, y aun sospecho que debe existir traduccion mas antigua, pues la tenia en su famosa biblioteca el chantre Severim, á menos que fuese manuscrita ó el mismo original castellano.

Otros *Soliloquios del alma con Dios*, que pudieran confundirse con los de *Lope*, escribió el insigne jesuita Bernardino de Villegas, misionero del siglo XVII, y fundador del colegio que estableció la Compañía en Badajoz; pero antes que prestársela, debió él tomar de *Lope* la idea, pues no se imprimió su obra hasta 1637. Esta ha sido reimpre-

sa con cierto lujo, en 1830, á costa del infante Don Carlos, que la admiraba mucho, segun parece, y goza entre los teólogos de buena reputacion; pero no presenta analogia con la que nos ocupa.

El modelo de una y otra pertenece á los mejores tiempos de la Iglesia. El glorioso obispo de Ipona, San Agustin, escribió unos *Soliloquios del alma á Dios*, en 57 capítulos, que mas pudieran llamarse cánticos, obra de todo punto mística y llena de la mas remontada teologia, como procedente de un espíritu vigoroso y jóven que acababa de salir á la luz de la verdad abjurando los errores de los maniqueos. *Himnos de redencion* débieran llamarse que no *Soliloquios* pues antes que el cristiano que medita, es el redimido que agradece, quien exala tan suavísima poesia.—«Yo pequé, tú me visitaste: yo cay, tú me levantaste: yo me hize ignorante tú me doctinaste: yo no veyá, é tú me alumbraste.» Toda la composicion se resume en esta tesis. No se aparta de aquí una línea. Difícil es encontrar en la literatura humana libro mas bello y menos vario.

*Lope*, aun siendo sacerdote y escribiendo á lo divino, jamás pudo olvidarse del Fénix de los inge-

nios. *Natura imperat*. Así es que en San Agustín solo bebió aquella parte de la idea y la mística de su poema que podía armonizarse en su alma con sus sentimientos religiosos eminentemente poéticos y por decirlo así, plásticos. Pónele miedo el tropel y grandeza de aquellos treinta y siete cánticos, encadenados unos á otros y todos uno mismo, y los reduce á siete con cordura, comprendiendo que á su espíritu está vedada tan profunda abstracción teológica. El gusto de su época, que como nadie conocía, no era por otra parte el de los esclavos africanos luchando con sus señores y con las tinieblas del error, sino el de una sociedad culta, donde la religión era á par que una creencia, una forma social y política. ¿Se le culpará por haber refundido el plan á su modo, mas poético, menos teológico, mas dramático, menos uno? Yo no le culpo. Ni tampoco por haber introducido alteraciones en el aparato de erudición de la obra.

Forman el de San Agustín todos los libros sagrados; *Lope* apenas recuerda otros que el *Cantar de Cantares*, y los *Salmos de David*, porque pudo tomar á manos llenas en los de Santa Teresa, mas armónica á su gusto y al de sus lectores, en los de

San Francisco de Borja, escritor de moda en su tiempo, y en otros y otros que hacían el caudal místico del siglo XVII. Así vemos que en San Agustín vive y palpita la creencia; en *Lope*, la fé; en San Agustín brota la poesía al fuego de los sentimientos religiosos; en *Lope*, se acrisolan los sentimientos al fuego de la poesía; San Agustín se arroba en el amor de Dios; *Lope* en la contemplación de su hermosura; y en conclusión, el primero siente con su alma; el segundo, con su musa. Aunque no existe verdadero término de comparación entre ambos libros, puede decirse que el del obispo de Ipona es bello, porque es grande, y el del autor español es bello, porque es poético.

La primera parte de su *SOLILUO*, escrita en verso, es hija de su alma; está dedicada á satisfacer las necesidades de su alma, que son las mismas de la sociedad en que vive, y para la cual ha escrito *mil ochocientas comedias*, dato muy importante que no debe ponerse en olvido. El resto del *SOLILUO*, escrito en prosa, es solo una paráfrasis, y más que paráfrasis amplificación mística y hasta cierto punto teológica de su tema poético, dedicada igualmente á satisfacer las necesi-

dades ascéticas de esa misma sociedad á quien los teólogos y los casuistas dirigen.

Ahora puedo ya condensar la crítica de los SOLILOQUIOS en frases breves. *Lope*, autor de comedias, y *Lope*, sacerdote, está todo entero en este libro. ¿Cómo brilla más?

La respuesta, amigo mio, no es para mi difícil. Con recordar á V. la primera impresion que su lectura nos produjo, la doy cumplida. ¿Qué digámos ambos y á una voz en Lisboa?—«Esta prosa puede »ser de cualquiera escritor del siglo XVII; pero »éstos versos solo pueden ser de *Lope de Vega*.»— En efecto, amigo mio: hoy participan de nuestra opinion los muchos apasionados que los SOLILOQUIOS tienen. Verdad es que esta prosa no brilla por su pureza, ni por su tersura, ni por su rotundidad, y que hasta puede estimarse la mas descuidada que salió jamás de la pluma de aquel singularísimo ingenio, para quien la calificación de mónstruo de naturaleza parece poco, al paso que los versos eclipsan por regla general á todos los que compuso, incluso las *Rimas sacras*, donde hay inspiraciones tan frescas y vigorosas que hacen esclamar, como Eneas, cuando consulta á la Sibila:—*Deus! ecce Deus!*

Sí, aquí está Dios. Solo Dios puede inspirar tan bella poesía á un poeta profano. Aquí no se harta la vista de ver, ni el oido de oír.

A todo encarecimiento esceden las redondillas del *Soliloquio* sétimo, que ván con una nota sindicadas, y aún merecen mas especial recuerdo algunos trozos en que el bíblico sabor trasciende, por decirlo así, aún siendo heterogéneos al gusto poético de *Lope*. Sirva de testigo aquella paráfrasis del famoso *Vanitas, vanitatum et omnia vanitas*, que hallamos en la *Introduccion*:

Todo cuanto el mundo alcanza  
cosas tan frágiles son,  
que su mayor posesion  
es engañar la esperanza.  
Su deleite y su grandeza  
todo es engaño sin vos,  
porque quien no tiene á Dios  
no puede tener riqueza.

¿No es bíblica esta sencillez? ¿No es sublime?

¿Puede parafrasearse la tremenda sentencia de un modo más poético y exacto al par?

Mas no por esto se diga , querido García Perez, que son pocos ni baladies los defectos de esta obra , pues ya que tan larga epistola voy aderezando para remitir á V. con ella, manca sería si no espresase por entero mi opinion. *Lope* escribió demasidamente, demasiado á prisa y con demasiada seguridad del éxito. Debemos, de seguro, los SOLILOQUIOS á una improvisacion, acaso á una apuesta, ó á motivo no menos liviano , y probablemente los escribiría en una madrugada, entre la misa y el chocolate, suposicion al parecer absurda, que me apresuro á justificar recordando á V. que aquel mónstruo escribió más de cien comedias en 24 horas, como acredita él mismo, diciendo:

y más de ciento en horas veinticuatro  
pasaron de las musas al teatro.

¿Será tambien mucho suponer que ni revisó los SOLILOQUIOS, ni corrigió las pruebas tan siquiera? Yo me atrevo á asegurarlo. Ofrécelas además el número grande de erratas, que hoy podemos corregir nosotros. La omision de los versos de San Agustín en el *prólogo*, era imposible que el autor la hubie-

se padecido. Pruébalo tambien la desigualdad de la prosa, que no parece de una misma pluma. Sonora y galana en el principio de la tirada, decae al final con lastimosa decadencia.

Tampoco se apodera del estilo bíblico en la prosa con la soltura y maestria que en el verso, empresa por otra parte tan dificultosa, que entre los modernos solo Fr. Luis de Leon y á las veces Santa Teresa dejan de ser enojosos, repitiendo y desarrollando un mismo tema en larga série de meditaciones análogas. El volver sobre sí como en estrofa rítmica, y del último pensamiento, ó de la última frase sacar pensamiento ó frase nueva para otra estrofa, cosa que dá tanta poesia y tan dulce sabor al estilo bíblico, como que en ella consiste todo el toque de su difícilísima primorosidad, no lo hace el Fénix de los ingénios sin gran trabajo y torpeza, premioso y desmañado, como aquel á quien falta costumbre, y es mas amigo de la suave esclavitud del metro, que de la encadenada libertad de la prosa.

Así le vemos deslucirse hasta en las descripciones, que tanto se prestaban á su místico fantasear. Hay de esto en los SOLILOQUIOS un ejemplo de plo-

rable. A la página 133 he tildado con una ligera nota la pintura de las bellezas naturales, que la idea de un Sér supremo inspiran á las mas incultas inteligencias: dígase si en tan magnífica ocasion un escritor verdaderamente bíblico hubiera dejado de producir una obra maestra. La misma que le sirve de modelo, y sin duda él sabia de memoria, digno de imitacion se lo hubiera presentado, en aquel *Soliloquio* ó capítulo 31, que empieza:—«Pregunté á la tierra si era mi Dios, y díjome que no.»

Este ejemplo demuestra, finalmente, que *Lope*, como va dicho, no se cuidaba de la prosa sino para llenar los fólíos; que el desarrollo y paráfrasis de su poesía, á que estaba destinada, le pareció cosa de poco momento; y que, en resúmen, si se muestra á las veces inspirado en *Santa Teresa*, la *Imitacion de Cristo* y otros grandes modelos, solo la plástica les toma, el fuego poético, la frase ardiente, el ritmo sonoro, y casi nunca el espíritu, el *Deus ex machina* de la mística.

Así el conjunto de sus obras en este género, aún siendo apreciable, presenta escasa variedad, como de quien lo cultiva por acaso y no hace de él tan siquiera objeto de predileccion. Ya en las no-



tas y en este mismo discurso queda indicado con cuánta facilidad y frecuencia se plagia á sí mismo. Pues bien : la introduccion de las *Rimas sacras* y casi todos los versos de los *SOLLOQUIOS* están, *mutatis mutandis*, ora en el fondo, ora en la forma, en las *Endechas* que escribió para el libro impreso en 1659 con el título de *Avisos para la muerte*. Y por no dilatarme con más esceso, omito otras observaciones análogas sobre el estrecho arsenal de su erudicion mística. ¿Quiere V. conocer últimamente el modelo de casi todas las reflexiones que inspiró á *Lope de Vega* la muerte del Señor, y que invariables hasta en la forma están por todos sus libros desparramadas? Pues lea V. los versos de M. Marulo, que en sus adiciones al *Memorial de la vida cristiana*, publicó Fr. Luis de Granada.

Así y todo, mi querido amigo, es libro los *SOLLOQUIOS* de tal belleza, que bien puede el alma dirigírselos á Dios. Nunca se cae de las manos. Vivirá mientras viva el buen gusto entre los hombres, y mientras en álas del amor á esa música de los cielos que se llama poesía, acierten á elevarse hasta donde mora el que es fuente perenne de todo amor y toda poesía. En el siglo XVII

pudieron quizás desdenarlo, que yo lo sospecho, porque perfectamente entendian á los Kempis, á los Fr. Luises, á las Teresas; hoy, que por nuestra desgracia no los entendemos, ofrece sabroso pasto á nuestro limitado espíritu la mística de un autor de comedias. Yo de mí diré á V. que tengo por grande honra vér asociados nuestros oscuros nombres á la meritoria empresa de sacarlo del olvido.

V. Barrantes.

## PRÓLOGO <sup>(1)</sup>.

**L**A gran Cartuja, primera casa de la sagrada Orden de San Bruno, yace en aquella parte de Francia que se llama el Delfinado, provincia dividida en baja y alta; una confina con Leon y el Ródano, y otra con Saboya y Provenza. Pásase á este admirable pro-

(1) Así en la edicion de Roan: en la de don Andrés de Castro, *Prólogo del autor*. En la de Sancha, como aqui.